

## Deleuze y Guattari, lectores de Canetti

FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ\*

**Resumen:** Se trata de analizar la recepción en la obra de Deleuze y Guattari de las ideas de Canetti: especialmente las nociones de masa y banda, y el significado de la noción de orden, con los dos sentidos de sentencia de muerte y de invitación a la fuga. Igualmente, se retoma la lectura de las cartas de Kafka a Felice por parte de Canetti. Por último, se compara la idea de metamorfosis y la idea de devenir.

**Palabras clave:** Masa, metamorfosis, devenir, orden, poder.

**Abstract:** This paper analyzes the receipt in the work of Deleuze and Guattari of Canetti's ideas: specially the notions of mass and band, and the meaning of the notion of order, with both senses of death sentence and of invitation to the escape (fugue). Equally there is examined the reading of Kafka's letters to Felice on the part of Canetti. Finally there is compared the idea of metamorphosis and the idea of becoming.

**Key Words:** Mass, metamorphosis, becoming, order, power.

1. A lo largo de la obra conjunta de Deleuze y Guattari, encontramos a Canetti en pocos pero estratégicos lugares de la misma. En este trabajo vamos a esbozar un análisis somero de algunos de estos encuentros. Comencemos por el que tiene lugar en su manifiesto esencial: *El AntiEdipo*. En el contexto de su crítica al psicoanálisis, Deleuze y Guattari afirman la primacía de las catexias sociales sobre las individuales, la primacía y originariedad del campo social sobre los individuos. En su peculiar «filosofía de la historia» desarrollada en el capítulo anterior, bajo el título —retomado de forma provocadora del evolucionismo de Morgan— «Salvajes, bárbaros, civilizados», nuestros autores habían definido tres tipos de campo social, de socius, dominados respectivamente por la tierra, por el cuerpo del déspota y por el capital-dinero. Por otro lado, habían introducido la categoría del Cuerpo sin Órganos, como el límite del campo social, como su elemento de desterritorialización y apertura. El Cuerpo sin Órganos es algo así como la estructura formal del campo social, el cuerpo vacío que en cada caso llenan la tierra, el cuerpo del déspota o el capital-dinero. Este Cuerpo sin Órganos presenta dos polos o dos caras: la paranoica y la esquizofrénica; la primera es la relacionada con los conjuntos molares, macroscópicos, masivos, mientras que la segunda es molecular, microscópica, elemental<sup>1</sup>.

Recibido el 20-12-05, aceptado el 10-01-06.

\* Facultad de Filosofía, Edificio de Humanidades, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Senda del Rey 7, 28040 Madrid, fjmarmor@fsof.uned.es

1 «Las dos caras del cuerpo sin órganos son, pues, aquella en la que se organizan, a una escala microscópica, el fenómeno de masas y la catexis paranoica correspondiente, y aquella otra, escala submicroscópica, en la que se disponen los fenómenos moleculares y su catexis esquizofrénica. Sobre el cuerpo sin órganos, en tanto que bisagra, frontera entre lo molar y lo molecular, se realiza la separación paranoia-esquizofrenia... Desde el punto de vista de una cínica universal, podemos presentar la paranoia y la esquizofrenia como los dos bordes de amplitud de un péndulo que oscila alrededor de la posición de un socius como cuerpo lleno y, en el límite, de un cuerpo sin órganos del cual una cara está ocupada por los conjuntos molares y la otra poblada de elementos moleculares». Deleuze y Guattari, *L'Anti-Oedipe*, Minuit, París, 1972 (trad. esp. Barral, Barcelona, 1974, AE, pp. 290-291, cito por esta edición).

En esta oposición entre el polo paranoico y el esquizofrénico, nuestros autores retoman la caracterización que Canetti da del déspota como paranoico organizador de masas y bandas que «las combina, las opone, las maneja. El paranoico maquina masas, es el artista de los grandes conjuntos molares, formaciones estadísticas o conjuntos gregarios, fenómenos de masas organizadas. Lo carga todo bajo la especie de los grandes números»<sup>2</sup>. El ejemplo aducido por Canetti es el de Mamad Tuglak, el sultán de Delhi, como el caso más puro de un detentador de poder paranoico, manipulador de masas. Cuatro masas son fundamentales para él: su ejército, su dinero, sus cadáveres y la corte. Manipula constantemente dichas masas, acrecentando una a expensas de las demás, pero la que nunca disminuye es la de los ajusticiados que se amontonaban a la puerta de su palacio<sup>3</sup>. Tanto nuestros autores como Canetti relacionan la paranoia con el gobierno despótico y con la manipulación de las masas, retomando, en cierta manera, los análisis marxianos sobre el modo de producción asiático en el que un gobernante despótico impone su imperio sobre las masas campesinas esclavizadas y justifica su gobierno identificándose con el dios supremo. Pero en ambas teorizaciones la paranoia no se aplica sólo a un tipo específico de gobierno, el de los grandes imperios hidráulicos en el que se basan inicialmente, sino que se la considera como uno de los polos esenciales de la estructura social: su lado conservador, petrificante, coagulante, base de la jerarquización rígida y autoritaria. Deleuze y Guattari, de la misma manera que Canetti, utilizan los datos antropológicos para establecer las constantes fundamentales del ejercicio del poder que llegan hasta nuestros días.

2. La segunda cala en la obra de Deleuze y Guattari donde nos encontramos de nuevo con Canetti es en la segunda parte de *Capitalismo y esquizofrenia*, titulada *Mil Mesetas*. Aquí, en el contexto de la elaboración de una teoría de las multiplicidades que parte de la crítica de la interpretación que Freud da del caso del Hombre de los lobos, nuestros autores retoman la oposición que Canetti establece entre masas y bandas o mutas. Aquí, de nuevo Deleuze y Guattari oponen las multiplicidades moleculares a las unidades molares:

Elías Canetti distingue dos tipos de multiplicidad que unas veces se oponen y otras veces se penetran: de masa y de banda. Entre los caracteres de la masa, en el sentido de Canetti, habría que destacar la gran cantidad, la divisibilidad y la igualdad de sus miembros, la concentración, la sociabilidad del conjunto, la unicidad de la dirección jerárquica, la organización de la territorialidad o de la territorialización, la emisión de signos. Entre las características de la banda se encuentran la pequeñez o la restricción del número, la dispersión, las distancias variables y descomponibles, las metamorfosis cualitativas, las desigualdades como restos, la imposibilidad de una totalización o de una jerarquización fijas, la variedad browniana de las direcciones, las líneas de desterritorialización, la proyección de partículas<sup>4</sup>.

Como siempre, la lectura que nuestros autores hacen en este caso de Canetti adapta las teorías de éste a sus objetivos teóricos específicos. En efecto, las propiedades que Canetti da de la masa

2 AE, 289.

3 E. Canetti, *Masa y Poder*, Muchnik Editores, Barcelona, 1977, MP, pp.431-432.

4 Deleuze y Guattari, *Mille Plateaux*, Minuit, Paris, 1980, MM, p. 46, cito por esta edición y la traducción es mía. En este texto nuestros autores remiten a MP 23-25 y 89-91.

son las siguientes: la masa siempre quiere crecer, en el interior de la masa reina la igualdad, la masa ama la densidad, la masa necesita una dirección. Respecto de la muta, Canetti afirma que de las características propias de las masas, crecimiento, densidad, igualdad y direccionalidad, algunas desaparecen y otras se intensifican. En concreto, las propiedades relacionadas con el gran número desaparecen en las bandas, ya que éstas constan de muy pocos miembros y además dichos miembros están muy dispersos. En cambio, la igualdad entre los miembros se mantiene, así como la direccionalidad. Mientras que las masas son extensivas, las mutas o bandas son intensivas; de igual manera, mientras que las masas suelen ser pasivas, las bandas son unidades de acción. Otra oposición fundamental entre masas y bandas, según Deleuze y Guattari, se refiere al distinto tipo de jerarquización que presentan: mientras que las masas están sometidas a una jerarquización rígida y estratificada, las bandas o mutas tienen una jerarquía flexible y cambiante, que depende del tipo de misión que la banda acomete en cada momento. Mientras que el jefe de la banda se la juega en cada acción y pone continuamente su puesto en jaque, los jefes de las masas capitalizan sus aciertos y los consolidan. Por otra parte y en relación con el territorio, las masas lo ocupan de forma permanente, son sedentarias, mientras que las bandas continuamente se ven sometidas a un proceso de desterritorialización que establece líneas de fuga obligándolas a un nomadismo ineliminable. Por último, en las bandas cada individuo aunque esté con el resto permanece solo, en el límite, oscilando entre el dentro y el afuera, es decir, ocupa una posición de esquizo; mientras que en las masas los individuos tienden al centro, al lugar de máxima densidad, huyendo de las fronteras, identificándose con el jefe, que aparece como el gran paranoico, en el que el grupo se refleja y condensa, como hemos visto antes<sup>5</sup>.

De todas formas, Deleuze y Guattari no oponen de forma tajante las masas y las bandas, y tampoco consideran que las bandas sean más primitivas que las masas. Bandas y masas son dos polos de los agrupamientos humanos que presentan a la vez estas dos caras, aunque bien es cierto que en distintas proporciones. Lo importante son los dispositivos o agenciamientos concretos que combinan de una forma específica los aspectos de banda y los aspectos de masa. Las masas integran en su interior bandas, pero las bandas también presentan tendencias a crecer y consolidarse como masas. Las masas serían estructuras ramificadas que pueden tener líneas rizomáticas de banda; a su vez, los rizomas que constituyen las bandas presentan puntos de arborescencia que se pueden condensar en estructuras de masa. Las máquinas sociales en tanto que masas organizadas presentan en cambio un inconsciente molecular que tiene las características de las bandas y cuyas líneas de desterritorialización no son sólo un peligro de descomposición sino también una oportunidad de crecer y experimentar nuevas formas de agrupamientos más flexibles.

Las sociedades de masas contemporáneas son tanto más masivas cuanto más totalitarias y sometidas a un código rígido, en cambio presentan más un aspecto de banda o de muta cuando son regidas por las axiomáticas flexibles del capitalismo que va añadiendo axiomas nuevos según surgen nuevos desafíos. La flexibilidad del capitalismo contemporáneo se basa más en su carácter de banda, de pequeño nicho o grupo que en su carácter de masa homogénea. Si el capitalismo fordista se basaba en la producción y el consumo de masa, uniforme e igualitario, el actual capitalismo post-fordista se basa más en la producción a la carta, basada en pequeñas tiradas hechas en tiempo real según demanda para pequeños nichos de consumidores que buscan productos prácticamente exclusivos. En este sentido, el capitalismo actual es una sociedad de bandas o de mutas, más que

---

5 MM, 46-47.

de masas. Por esto es absurdo interpretar la oposición banda/masa mediante un esquema evolutivo según el cual a las bandas primitivas suceden las masas creadas por los imperios despóticos que luego son recogidas por el capitalismo. Masas y bandas son dos polos coexistentes y no sucesivos de todas las sociedades humanas.

3. El tercer encuentro entre Deleuze y Guattari y las reflexiones sobre la masa de Canetti se sitúa en el capítulo 9 de *Mil Mesetas*, titulado «Micropolítica y segmentariedad». En dicho capítulo se retoma la noción de segmentariedad, propia de los pueblos salvajes, y se analiza su pervivencia entre nosotros. No se puede oponer una política segmentaría, micro, propia de las sociedades primitivas, a una política macro que sería la propia de nuestras sociedades. Toda sociedad, e incluso todo individuo, se ve atravesada por dos segmentariedades a la vez: una molar, macro, y otra molecular, micro. O dicho de otra manera: todo es política, pero hay una macropolítica y una micropolítica. Según la tradición marxista clásica, los protagonistas de la política serían las clases sociales, especialmente en el capitalismo, pero Deleuze y Guattari oponen en este punto la idea de clase y la de masa. La segmentariedad propia de las clases sociales es molar, estriada, y separa la sociedad en grupos opuestos entre sí de forma rígida. Las masas en cambio son agrupaciones moleculares, lisas<sup>6</sup>, que se entremezclan entre sí. En este sentido, las «masas» serían agrupaciones lábiles, transversales, no consolidadas, inestables, extremadamente móviles y cambiantes. Ni que decir tiene que la política típica de nuestras sociedades de capitalismo avanzado es más una política de masas en este sentido que de clases en el sentido tradicional. Los movimientos sociales de un único tema son más típicos de nuestra época que las clases sociales estructuradas del siglo XIX. Los partidos de nuestros días son interclasistas y más que a organizar y a estructurar una clase determinada tienden a recoger apoyos de todas las clases sociales. Esto no significa que no haya ya clases sociales, en cierto sentido nunca han sido más nítidas, pero estas clases, completamente divididas y escindidas con relación a la propiedad o a la capacidad de decidir, por ejemplo, se difuminan con relación al consumo o incluso a la ideología. Nuestros autores remiten aquí de forma negativa a Canetti, ya que explícitamente avisan de que la noción de masa que utilizan no es la del autor judío:

Y las clases sociales remiten ellas mismas a unas «masas» que no tienen el mismo movimiento, ni la misma repartición, ni los mismos objetivos, ni las mismas maneras de luchar. Las tentativas por distinguir masa y clase tienden efectivamente hacia este límite: *que la noción de masa es molecular*, que procede mediante un tipo de segmentación irreductible a la segmentariedad molar de clase. Sin embargo, las clases están bien talladas en las masas, a las que hacen cristalizar. Y las masas no dejan de fluir, de desprenderse de las clases. Pero su presuposición recíproca no impide la diferencia de punto de vista, de naturaleza, de escala y de función (la noción de masa, entendida de esta manera, presenta una acepción completamente distinta de la propuesta por Canetti)<sup>7</sup>.

6 Respecto a la oposición entre la categoría de lo estriado y lo liso se puede consultar en MM el capítulo 14 'Lo liso y lo estriado', donde a través de una serie de modelos: textil, musical marítimo, matemático, físico y estético, se confrontan dichas categorías. Trato esta oposición en el capítulo XIX de mi libro, *Ontología y Diferencia: la filosofía de Gilles Deleuze*, Orígenes, Madrid, 1987, pp. 343-360. En resumen, lo estriado es lo que estructura de forma rígida el espacio mientras que lo liso es más flexible. Por poner sólo un ejemplo, el viaje del turista que va por caminos predeterminados y prefijados se despliega en un espacio estriado, mientras que el deambular del paseante, del *flâneur*, dibuja un espacio liso.

7 MM, 260.

La noción de masa de Canetti coincidiría con la noción de clase por su carácter molar, estriado y rígido. Mientras que la noción de masa utilizada aquí por nuestros autores compartiría con la idea de banda su carácter molecular, liso y flexible. Igual que, en la oposición masa/banda, la banda corre desde el interior a la masa y a la vez puede coagularse siempre en una masa, en la actual oposición clase/masa, las masas son los agrupamientos indefinidos inestables que dinamizan las clases, y a su vez las clases son el intento de coagular y sedimentar de forma estable a las masas movedizas. Las clases se definen a través de líneas nítidas de segmentación, mientras que las masas ponen en movimiento flujos de partículas. Pero toda línea segmentaria se prolonga en un flujo cuántico y todo flujo puede acabar dibujando el contorno de una segmentación rígida<sup>8</sup>.

4. Otra de las temáticas que Deleuze y Guattari retoman de Canetti es su tratamiento de las órdenes y las consignas. En el capítulo de *Mil Mesetas* titulado «Postulados de la lingüística», nuestros autores reivindican, frente a las tradicionales apuestas por la sintaxis o la semántica, la pragmática como la clave del estudio del lenguaje. A partir de las reflexiones de Austin sobre los aspectos ilocucionarios y perlocucionarios del lenguaje, es decir de lo que hacemos al hablar y de los efectos que tienen nuestras palabras, nuestros autores rescatan los aspectos pragmáticos del lenguaje como los esenciales. En este sentido, ponen de relieve la importancia de las consignas (mots d'ordre) en el abordaje de la política del lenguaje o del lenguaje como política. Para nuestros autores, la unidad elemental del lenguaje, el enunciado, es la consigna (la mot d'ordre), la orden. La maestra no se informa cuando pregunta al niño, y tampoco informa a éste cuando le enseña algo, sino que le manda, le da órdenes. El lenguaje no es para ser creído sino para ser obedecido. Las reglas gramaticales son antes marcadores de poder que reglas sintácticas:

La orden no se refiere a unas significaciones previas, ni a una organización previa de unidades distintivas. Es al contrario. La información no es más que el mínimo estrictamente necesario para la emisión, la transmisión y el cumplimiento de las órdenes en tanto que mandatos<sup>9</sup>.

Es en este contexto donde retoman las reflexiones de Canetti sobre las órdenes y sus efectos psicológicos desarrolladas en el capítulo titulado «La orden», de *Masa y poder*. Para Canetti, una orden imprime en el alma y en la carne del que la recibe un agujijón que se enquista y endurece y permanece eternamente. La única forma de soportar la molestia de ese agujijón es transmitir la orden a los otros. Por otra parte, el carácter externo, extrínseco de la orden, de la consigna, que siempre se recibe del exterior y que siempre permanece como un cuerpo extraño en la conciencia, hace que el que ejecuta una orden no se sienta responsable de la misma, sino que acuse como responsable al agujijón producido en su alma por dicha orden, en tanto que instancia extraña que, sin embargo, le acompaña siempre. El ejecutor de una orden se siente siempre como una víctima y tiene por testigo al agujijón producido en su alma por dicha orden, que le lleva a creer que no ha sido él el responsable de sus acciones. Canetti explica de esta manera el sentimiento de inocencia de los antiguos nazis o la capacidad de olvido de los antiguos estalinistas, que parapetados en esta amnesia se muestran dispuestos siempre de nuevo a volver a recibir y transmitir consignas y órdenes.

---

<sup>8</sup> MM, 264.

<sup>9</sup> MM, 96.

Deleuze y Guattari consideran esencial esta explicación de Canetti<sup>10</sup>, aunque no dejan de advertir que dicha explicación exige la existencia de una facultad psíquica particular sin la que la consigna no podría producir este tipo de acción. Toda la teoría racionalista clásica basada en un sentido común, un buen sentido universalmente repartido, fundado en la información y la comunicación, no sería más que una manera de encubrir o incluso justificar esta facultad mucho más inquietante, por su irracionalidad, esta extraña facultad de las consignas<sup>11</sup>.

Veamos a continuación el esclarecedor análisis que Canetti desarrolla sobre las órdenes<sup>12</sup> y su papel en el lenguaje y la vida social. En primer lugar, se afirma que la orden es más antigua que el habla, ya que la entienden los animales. El efecto inicial de una orden es la fuga, lo que indica que la primera orden fue la orden de huída dictada por alguien más poderoso que uno: «La orden más antigua —impartida mucho antes de que hubiera hombres— es una sentencia de muerte y obliga a la víctima a la fuga. La sentencia de muerte y su despiadada terribilidad se trasluce bajo toda orden»<sup>13</sup>. La orden, pues, impone una acción, moviliza al que la recibe. La orden siempre viene de fuera, es algo extraño para su receptor, y además proviene de alguien más poderoso. Toda orden es compuesta, consta de un impulso y un aguijón: «El impulso fuerza al receptor a la ejecución... El aguijón queda en aquel que ejecuta la orden»<sup>14</sup>. La orden, aunque tiene un origen biológico, como orden de huída, pronto lo abandona y se domestica, asociándose a una promesa de alimento que hace olvidar la inicial sentencia de muerte anunciada en ella. La orden va, como una flecha, del que la emite al que la recibe, pero el primero no queda indemne, recibe un contragolpe. Al emitir una orden se siente un cierto miedo de mando asociado al sentimiento de peligro, que se deriva de la conciencia de que todos los que han recibido órdenes, es decir amenazas de muerte, viven y lo recuerdan, y podrían unirse y volverse contra el que les ha ordenado. El ser humano puede esquivar las órdenes ejecutándolas. El aguijón sólo aparece con la ejecución de las órdenes: «Es la acción misma que se efectúa bajo presión ajena, desde fuera, lo que en el hombre lleva a la formación de agujijones»<sup>15</sup>. La forma de evitar las órdenes es el negativismo: negarse a escucharlas y a entenderlas. Es el procedimiento adoptado por los esquizofrénicos. Pero hay otro modo más eficaz de liberarse de los agujijones de las órdenes: constituir una masa de inversión para liberarse en común de estos agujijones, de los que los individuos aislados no pueden liberarse por sí solos. Aunque el levantamiento no tenga éxito, los que lo intentaron recordarán siempre los momentos en los que fueron masa, tiempo en el que estuvieron libres de los agujijones. La conclusión de las reflexiones de Canetti sobre las órdenes apela al coraje necesario para hacer inocuos sus agujijones:

Del lado que se la contemple, la orden, en la compacta forma acabada que después de su larga historia adquiere hoy día, es el elemento singular más peligroso en la convivencia de los hombres. Hay que tener el coraje de oponérsele y conmovir su señorío. Deben hallarse medios y caminos de mantener libre de ella la parte mayor del hombre. No debe permitírsele rasguñar más que la piel. Sus agujijones deben convertirse en espinas que se puedan desprender con leve ademán<sup>16</sup>.

10 La explicación de la da Canetti en el apartado «Orden y responsabilidad», MP, 328.

11 MM, 107-108, nota al pie.

12 Sobre este tema se pueden leer los trabajos de Remo Bodei, «Elias Canetti e il mistero doloroso dell'obediencia» y de Fabrizio Desideri, «Elias Canetti e la spina del comando», ambos en *Nuova Corrente*, XLIX (2000).

13 MP, 300.

14 MP, 301.

15 MP, 318.

16 MP, 329.

5. La última alusión que vamos a recoger de Deleuze y Guattari a Canetti se encuentra en el libro que nuestros autores dedicaron a Kafka, descubriendo en el autor de Praga un ejemplo paradigmático de lo que denominan una «literatura menor». Mientras que una literatura mayor o establecida va del contenido a la expresión —dado un contenido, busca la forma de expresión que le conviene—, una literatura menor o revolucionaria comienza por la enunciación y sólo después ve o concibe<sup>17</sup>. En este tipo de literatura, la expresión rompe las formas y reconstruye los contenidos de forma tal que entren en conflicto con el orden de las cosas tal como son. En el caso de Kafka, su específica máquina de escritura, máquina de expresión o máquina literaria, articula tres componentes: las cartas, los cuentos y las novelas. Deleuze y Guattari reconocen la especificidad literaria de las cartas de Kafka, su importancia estratégica en la elaboración de su máquina literaria. A pesar de no estar dedicadas a la publicación, estas cartas son un engranaje indispensable de la máquina literaria erigida por Kafka. Es precisamente el resto de su obra el que está escrito consciente del peligro que corre de ser destruido como las cartas. Kafka estaba fascinado por las cartas de sus escritores favoritos: Flaubert, Kleist, Hebbel. Y además hace un uso perverso, diabólico, de las mismas. Las cartas postulan la potencia diabólica de la máquina literaria de Kafka en su conjunto. El objetivo fundamental de sus cartas es siempre sustituir el amor por la carta en que dicho amor se expresa. La carta es un medio de exorcizar al propio amor. Es un sustituto que lo elimina. El objetivo de las cartas para Kafka es «desterritorializar el amor. Sustituir el *contrato matrimonial* tan temido por un *pacto diabólico*»<sup>18</sup>. El compromiso matrimonial queda sustituido por un compromiso literario.

Canetti cita un fragmento de una carta a su amigo Brod en la que Kafka le cuenta su correspondencia con la hija del conserje de la casa de Goethe: «¿Por qué me escribe, tal como lo deseo? ¿Será que a las muchachas se las puede atrapar con la sola escritura?»<sup>19</sup>. Las cartas son una tela de araña, una red diabólica en la que atrapar a la receptora de las mismas. Nuestros autores destacan el vampirismo implícito en dichas cartas. Kafka se presenta ante Felice como necesitado de sangre, de fluido vital, debido a su extrema delgadez. El vampiro Kafka despliega su mecanismo de seducción a través de la escritura de las cartas, estableciendo el intercambio de «un flujo de cartas por un flujo de sangre». Dicho vampiro tiene dos horrores de los que huye de forma incesante por temor a que acaben destruyéndolo: «la cruz de la familia y el ajo de la conyugalidad».

La lectura de las cartas de Kafka a Felice la efectúan Deleuze y Guattari a partir del trabajo de Canetti, *El otro proceso de Kafka*, trabajo al que reprochan, sin embargo, que no sea capaz de detectar los componentes vampíricos de la relación con Felice, insistiendo en cambio en la vergüenza de Kafka ante su cuerpo, en la humillación, la angustia y la necesidad de protección que muestra constantemente<sup>20</sup>. Las cartas a Felice, desde su inicio, son un rosario de quejas sobre su estado físico: alusiones a su nerviosismo, su indolencia, su mala memoria, su insomnio, su intranquilidad<sup>21</sup>. Dichas cartas establecen una conexión entre «la laboriosidad y la salud de ella y la indecisión y la debilidad de él», y pretenden conseguir una fuerza capaz de ser aprovechada para la creación literaria. Este epistolario, según Canetti, no es un fin en sí mismo, ni una mera satisfacción, sino que «está al servicio de su *creación literaria*»<sup>22</sup>. Dos días después de la primera carta a Felice, escribe

17 Deleuze y Guattari, *Kafka. Pour une littérature mineur*, Minuit, París, 1975, (trad. esp. en Ed. Era, México, 1978, p. 45. K, citamos por esta edición).

18 K, 46.

19 E. Canetti, *El otro proceso de Kafka*, Muchnik, Barcelona, 1981, OPK, p. 17.

20 K, 48, nota 4.

21 OPK, 24-25.

22 OPK, 27.



*La condena* en una sola noche, en diez horas ininterrumpidas de trabajo. En la semana siguiente, escribe *El fogonero*, y en los dos meses siguientes cinco capítulos de *América*. Parece que la energía necesaria para su producción literaria la extrae de ese epistolario, de ahí la consideración de esta extracción de vitalidad como vampírica, por parte de Deleuze y Guattari. Kafka es consciente de la limitación de sus fuerzas y por ello, y dado que quiere centrar su vida exclusivamente en la creación literaria, tiene que concentrar todas su energías en esta tarea, «adelgazando en todas las demás direcciones»: el sexo, la comida, la bebida, la reflexión filosófica, la música<sup>23</sup>.

6. Para concluir, vamos a conectar la noción de devenir expuesta por Deleuze y Guattari en *Mil Mesetas* con la noción de metamorfosis o transformación de Canetti. A pesar de que no hay ninguna mención explícita a Canetti en estos capítulos, pensamos que hay una concomitancia decisiva entre dichas nociones. Como casi siempre en su magna obra, Canetti establece su noción de transformación a partir de un rico material etnográfico que nuestro autor recoge con cuidado y del que extrae sus nociones teóricas<sup>24</sup>. En el caso de las metamorfosis, el material de base proviene de los bosquimanos: los cuales sienten en su propio cuerpo signos provenientes de cuerpos externos (el cuerpo del padre, el de la esposa, el de las gacelas que van a cazar, etc.), a los que presienten de esta manera. Se produce así una igualación entre el cuerpo del sujeto y los otros cuerpos a través de un único rasgo en cada caso: «El cuerpo de un mismo bosquimano se convierte en el cuerpo de su padre, de su madre, de su mujer, de un avestruz, de una gacela... Las metamorfosis, que se suceden, varían según las ocasiones exteriores. Son transformaciones netas: cada criatura, cuyo venir él siente, continúa siendo lo que es... La propia identidad, que el bosquimano puede abandonar, se conserva en la metamorfosis»<sup>25</sup>. Los presentimientos del bosquimano respecto de las gacelas que caza hacen que su cuerpo llegue a ser el cuerpo del animal que se mueve y al que mira; pero también siente el cuerpo del animal muerto como un cuerpo ajeno al suyo propio. Estas dos fases juntas constituyen la relación completa que el bosquimano mantiene con su presa: ser y al mismo tiempo no ser el mismo cuerpo.

Las primeras metamorfosis que Canetti presenta son las de fuga, especialmente las de fuga lineal. En este caso, la presa se transforma en el momento en el que va a ser capturada. La fuga circular, en cambio, se da en un único lugar, y al final se vuelve a la primera figura; el ejemplo de Canetti es el de Proteo, que al final vuelve siempre a su primer aspecto. A continuación Canetti analiza el caso del tótem como ejemplo en el que los procesos de automultiplicación y autoingestión son esenciales. Como se trata de mitos de orígenes, se plantea la generación de los animales totémicos a partir de la automultiplicación de un animal primigenio. Se trata de un doble nacimiento, el del hombre y el del animal totémico a partir del mismo origen. Los hombres y los animales del tótem son hermanos porque proceden de un ancestro común. Dicho ancestro es la esencia de la fertilidad que da origen

23 Cita de su diario del 3 de enero de 1912. Citado en OPK, 46.

24 Esta fundamentación etnográfica de sus conclusiones teóricas o, dicho de otra manera, el rastreo en las sociedades primitivas, sin historia, de elementos todavía presentes en nuestras sociedades capitalistas avanzadas, es un rasgo metodológico que Canetti comparte con Deleuze y Guattari. En su artículo «Ordine e passaggio. Tra Canetti e Deleuze Guattari», en *Nuova corrente*, nº 149, p. 118, Ubaldo Fadini destaca también que la obra de Canetti es una analítica del poder de base antropológica. Fadini también pone de relieve que, al contrario que muchos de los analistas del fenómeno de las masas, Canetti capta los aspectos positivos de las mismas. En ese sentido, Canetti se podría situar más cerca del Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica* teorizador (y admirador) del grupo en fusión, que de detractores elitistas de las masas como Freud u Ortega. Para Fadini, la experiencia de la masa pone de relieve la multiplicidad constitutiva del individuo, punto éste en el que Canetti coincide con Deleuze y Guattari.

25 MP, 337.



a los hombres y a sus hermanos animales mediante la automultiplicación. El otro rasgo del tótem es la autoingestión: el ancestro genera a los hombres y a los animales hermanos totémicos y a la vez se alimenta de sí mismo, es decir, se alimenta de su propio producto. Canibalismo y metamorfosis están en la base de los mitos totémicos que aseguran la fraternidad entre los hombres y ciertos animales, y además prescriben o proscriben la ingestión del tótem por los hombres. Ingerir el tótem sería un caso de canibalismo ya que el hombre y su tótem son hermanos.

Otro ejemplo de metamorfosis que analiza Canetti son las que se dan en los delirios producidos por el alcohol. A continuación, Canetti distingue entre imitación y metamorfosis. La imitación consiste en copiar algo externo que se tiene ante la vista. Es la primera forma de transformación, la más elemental y externa. Una forma de transición de la imitación a la metamorfosis consiste en la simulación, que se basa en la separación entre lo interior y lo exterior, y se ejemplifica en la máscara. Mediante la simulación, el exterior aparece amistoso e inofensivo, mientras que el interior permanece hostil y mortal.

El estado final de la metamorfosis es el personaje; personaje que Canetti ejemplifica en los dioses zoomorfos de los egipcios o en los churinga australianos. Estos seres híbridos son animales y humanos a la vez, y se presentan como ancestros de ambos. Estos personajes híbridos pertenecen al tiempo mítico de los orígenes, un tiempo muy fluido en el que las metamorfosis estaban a la orden del día. Precisamente los mitos y los ritos permiten recrear y acceder a este tiempo primordial y conectar con el ancestro dual: hombre y animal a la vez. La fluidez de las metamorfosis primigenias se petrifica en la máscara que ya es inamovible. Es un estado final rígido que ya no cambia; es lo fijo y permanente en el cambiante flujo de la transformación. Expresa y oculta a la vez; es lo familiar que oculta el misterio, lo radicalmente otro. El que lleva la máscara se identifica y se separa a la vez con el personaje que representa. Hay algo en su persona que no se reduce a la máscara. El misterio que representa tiene un efecto opuesto en los demás y en él mismo: en los de fuera, el misterio produce miedo, mientras que el enmascarado teme el desenmascaramiento.

El proceso de enmascaramiento y de simulación es esencial para el poder, que mientras que procura ocultarse a los demás pretende que nada le sea oculto. Su enmascaramiento se apoya en el desenmascaramiento de sus posibles rivales. El poder no admite más metamorfosis que las generadas por él mismo y teme las metamorfosis espontáneas y descontroladas. El poder trata de desenmascarar a todos mediante un proceso contrario a la metamorfosis que Canetti define como «desconversión». El poder, que ya hemos definido como paranoico, presenta dos características complementarias: su capacidad de simulación y su incesante intento de desenmascarar a los posibles rivales, reales o supuestos. No todas las metamorfosis posibles están permitidas, algunas están expresamente prohibidas. Por ejemplo, en las ceremonias totémicas de los aranda sólo pueden participar los que pertenecen al tótem. La metamorfosis en el ancestro del tiempo mítico sólo es posible para algunas personas. Los ritos se conservan en secreto y se transmiten sólo a los iniciados. El caso de la brujería es un caso también de metamorfosis prohibidas. Las brujas se transforman en diversos animales gracias a su entrega sexual al diablo. Las sociedades también se protegen de ciertas transformaciones que consideran peligrosas. Las clases de edad son clasificaciones rígidas que exigen ritos complicados y dolorosos para pasar de una a otra. Igual sucede con las transformaciones que permiten pasar de clase social, muchas veces dichas transformaciones se ven muy dificultadas y a veces simplemente prohibidas como sucede en las sociedades de castas.

Pasamos ahora a definir las características de la noción de devenir<sup>26</sup> en Deleuze y Guattari, subrayando sus concomitancias con la noción de transformación desarrollada por Canetti. El devenir

26 MM, 284-380; especialmente, 291, 292-3, 297-301, 305, 333-345, 374-375.

no es una correspondencia de relaciones, ni un parecido, ni una imitación, ni una identificación. Devenir no es tener una progresión o una regresión siguiendo una serie. El devenir no es imaginario, sino que es real, transcurre en la realidad, no en la imaginación. El devenir no produce otra cosa que él mismo y no tiene un término definido, ya que en principio es indefinido. Devenir no es una evolución por filiación. El devenir es de alianza con lo otro más que de filiación a partir de lo mismo. El devenir supone, más que producciones filiativas, comunicaciones transversales entre poblaciones heterogéneas. Devenir es un rizoma, más que una raíz. Devenir supone referirse a una multiplicidad, a una banda, a una población, con sus modos de expansión, de propagación, de ocupación y de contagio. Esta referencia del devenir a las bandas lo pone en contacto con un individuo excepcional en las mismas: el Anomal, el anómalo, que define el punto álgido de la banda. Moby Dick es el Anomal de las bandas de ballenas para Achab. El Anomal es un individuo portador de afectos, con el que se establece una relación especial. Achab deviene ballena por su odio-admiración-fijación en Moby Dick. El Anomal es un fenómeno de frontera, de bordes, que conecta la banda con su exterior. Por eso el devenir se refiere al Anomal, porque éste es un individuo especial preparado para conectarse con el exterior de la banda. Las bandas, en tanto que multiplicidades, no se definen por su extensión, es decir por los individuos que las componen, ni por su comprensión, es decir por las características que las definen, sino por su intensidad, es decir por las líneas que las componen, las conectan con el exterior y las hacen devenir, y por los afectos que son capaces de producir.

La brujería es un caso paradigmático de devenir, de conexión con una multiplicidad a través del contagio, de la mezcla, con un individuo Anomal, el diablo. La bruja se metamorfosea en diversos animales mediante su pacto, su mezcla impura con el diablo.

Todos los devenires son moleculares, suponen la emisión de partículas que establecen una zona de vecindad y de contagio con aquello en que se deviene. Devenir animal no es imitar al animal, ni disfrazarse de animal, sino extraer los elementos de uno mismo comunes con el animal, como vimos en el caso del tótem: el ancestro es animal y hombre a la vez, y por tanto el hombre deviene su animal tótem a través de ceremonias en las que llega a contagiarse con el animal hasta crear una zona de indiferencia en la que hombre y animal se confunden. Devenir animal consiste en hacer cuerpo con el animal, dar lugar a un cuerpo indistinto definido por zonas de intensidad común, zonas de vecindad, en las que el hombre deviene inhumano y el animal se humaniza. El devenir supone una emisión de partículas elementales, el establecimiento de una zona de vecindad y proximidad molecular, más que una imitación de forma. En esta distinción respecto de la imitación, el devenir deleuziano coincide con la noción de transformación elaborada por Canetti.

El devenir es molecular pero también es minoritario. De hecho, las minorías no cumplen sus potencialidades transformadoras más que si se constituyen en un cristal o germen de devenir. Hay un estado de cosas mayoritario, molar, hay minorías como subsistemas, pero sólo hay transformación e innovación si las minorías se constituyen como un cristal de devenir, dando lugar a un devenir minoritario. Contra lo que creen muchos, las minorías en cuanto tales no son revolucionarias, ni siquiera innovadoras; sólo si son capaces de empeñarse en un devenir minoritario que subvierta el estado de cosas mayoritario, pueden revolucionar el sistema. Ahora bien, sólo hay posibilidad de cambio y de novedad en las minorías, a través suyo, y muchas veces contra ellas mismas. Sólo desde la frontera que constituyen las minorías se puede hacer mover el sistema y transformarlo, desterritorializarlo, desafiando la tiranía de la media social. Frente al estatismo de la mayoría, se da la variación continua de las minorías enroladas en un devenir minoritario.

Aplicándolo al caso de la lengua, se puede decir que hay dos enfoques de la lengua, uno mayoritario, que define las constantes sintácticas y semánticas, y otro minoritario, que pone a la lengua en un proceso de variación continua. Deleuze y Guattari acuden de nuevo al caso de la orden, de la consigna, para resaltar estos dos modos de tratar las variables lingüísticas. Aquí se retoman los dos aspectos de la orden: por un lado, la orden supone una sentencia de muerte que o bien se sufre en la propia carne, o bien se esquivo al no cumplir la orden o bien se transmite a otros. Pero la orden también es incitación a la fuga, a la huída. Según Canetti, el rugido del león condensa los dos aspectos: la muerte y la fuga. Igualmente sucede en el ejemplo de la peregrinación a La Meca, con su detención en el monte Arafat, donde a la petrificación mortuoria de la espera expectante y detenida sucede una fuga pánica hacia la ciudad.

La consideración del primer aspecto de la orden, la muerte como lo expresado en el enunciado, nos lleva a lo que Canetti denomina «enantiomorfosis», es decir, el régimen impuesto por un amo dominante, inmutable y hierático que pretende fijar las formas, impidiendo todas las metamorfosis y cambios. La muerte fija, define, bloquea las metamorfosis. Pero la orden tiene otro aspecto, la fuga, la huída, es decir la variación continua. En este sentido, al rey hierático invariante se opone el maestro de los cambios y las metamorfosis, el chaman, el brujo. Estos son los dos aspectos del poder: imponer la rigidez y la inmovilidad a los otros para conservar uno la libertad de movimientos y de transformaciones. Uso mayor y menor de la lengua. El poder como aparato de estado o como máquina de guerra.

En conclusión, no se trata tanto de escapar a las órdenes como de escapar a la sentencia de muerte que la orden entraña, desplegando su potencia de fuga, a través de la generación de líneas de fuga capaces de dar lugar a una variación continua, a la vida como variación continua, al continuo virtual de la vida. Se trata, pues, de transformar las órdenes paralizantes y mortíferas, las consignas (mots d'ordre) en contraseñas (mots de passe) posibilitadoras de aperturas a la novedad y al devenir:

Hay que desprender una orden de otra orden. En la consigna, la vida tiene que responder a la respuesta de la muerte, no huyendo, sino haciendo que la fuga actúe y sea creativa. Hay contraseñas debajo de las consignas. Palabras que permitirían el paso, que serían componentes de paso, mientras que las consignas, las órdenes marcan las paradas, las composiciones estratificadas, organizadas. La misma cosa, la misma palabra, tiene, sin duda, esta naturaleza doble: hay que extraer una de la otra —transformar las composiciones del orden en componentes de transformaciones (passages)<sup>27</sup>.

---

27 MM, 139.

